

## RESEÑAS

MANNONI, Maud. — **El niño, su enfermedad y los otros** (L'enfant, sa maladie et les autres). Editions du Seuil, Paris, 1967.

La autora, una discípula de Jacques Lacan, presenta su visión del psicoanálisis de niños. Su campo es el del lenguaje —aún cuando el niño no hable todavía—, pero debe abarcar la queja parental -que no concierne al niño real, sino a la representación que el adulto construye de él—. El discurso que se desarrolla en el análisis no se refiere a la realidad sino a un mundo de deseos y ensoñaciones.

El destino del niño queda marcado por determinados acontecimientos de su vida, pero especialmente por palabras generalmente pronunciadas por los padres— que luego tratará de olvidar, de anular o de realizar. En el análisis se observa una confrontación con los efectos de lo que ha sido dicho o callado al niño. En este sentido, la autora considera que la obra de Melanie Klein se vería favorecida si se formulara desde el punto de vista del campo de la palabra, ya que muchas veces se ha visto, entorpecida por ser llevada a tomar en cuenta una supuesta realidad vivida.

La línea analítica debe volver a la fuente de inspiración freudiana: centrarse en el estudio del discurso inconsciente.

En el análisis de niños, el niño será captado en el lugar donde aparece en el discurso del adulto, y entonces la infancia surge en el mundo de la fantasía (“du fantasme”), que es una palabra que, a veces, ha sido perdida para la

conciencia bajo los efectos fantásticos que ha suscitado. El síntoma reemplaza a una palabra que falta, es una palabra engañosa o un enigma a descifrar. El analista se encuentra confrontado con su propia representación de la infancia y con el peso de sus motivaciones inconscientes.

El texto que el niño proporciona al analista es un lenguaje, discurso que es sólo en parte verbal. Para descifrar el texto debemos integrarle nuestra resistencia y lo que, en el niño, disimula su palabra. Pero también hay que comprender quién habla, porque el sujeto del discurso no es necesariamente el niño.

En esta opinión se centra el punto de partida de una diferencia en la aplicación de la técnica del análisis de niños con respecto a la que es usual en el Río de la Plata y por la escuela Kleiniana en general. La divergencia se basa en considerar que uno de los padres, o ambos, participan de los síntomas del niño, y que el tratamiento será artificial, si el analista no escucha el discurso parental. Las reacciones de las partes forman parte del síntoma, y por lo tanto también forman parte del tratamiento. La enfermedad del niño es el soporte de la angustia parental. Si se remueve el síntoma del niño sin tener en cuenta a los padres, se arriesga descompensar la situación familiar y llevar la angustia de los adultos a límites que no podrán soportar.

Esto es aún más característico en el análisis de niños psicóticos.

En el plano técnico, practica tres niveles de interpretaciones: 1) al niño delante de los padres; 2) a los padres o a uno de ellos fuera de la presencia del niño; 3) sesiones con el niño solo. El tratamiento está formado por un juego de transferencias recíprocas. No quedan excluidos los consejos a los padres ni tampoco una formulación interpretativa directiva. Pero no se trata de analizar a los padres sino de escucharlos, invitarlos a hablar, lo que les dará la ocasión de expresar lo no-dicho, de traer sus fantasías, de las cuales

el niño, mediante su síntoma, se había hecho el representante. El discurso paren-tal explica lo que el niño no podía nombrar. Por otra parte, considera la autora que el análisis separado de la madre y del niño deja virgen el terreno donde se constituye la palabra del niño y de la madre.

Presenta varios ejemplos clínicos, en los que, por ejemplo, se ve cómo al deseo inconciente ‘del padre patógeno de que “nada cambie”, el niño puede responder con el deseo de que “nada se mueva”, reparando así sus fantasías de destrucción. La dimensión nueva que introduce en el tratamiento es, dice, el escuchar del analista a lo que se juega en el mundo fantasmático de la madre del niño. Escuchando al padre patógeno, el analista aclara el lugar que el niño ocupa en la fantasía del padre. Por ejemplo, en uno de los casos presentados, considera que la verbalización del Edipo por parte de la madre fue la clave de la curación y a partir de ese momento el niño real pudo expresar un deseo.

El discurso de los unos es el reflejo del discurso de los otros.

Pero el niño es considerado como una parte de los padres y no éstos como partes del niño tal como se interpretan en la técnica rioplatense.

El pronóstico de un niño dependerá del tipo de discurso parental encontrado: discurso fijo y cerrado que evoca la condenación, ‘discurso propio de un drama en el cual puede escucharse el pedido de ayuda.

Con ambos discursos, el analista construye uno: el del niño y de su familia. El niño está apresado en la palabra parental que lo aliena como sujeto. Si la curación del niño sólo puede realizarse a expensas de la muerte o gran agravación de los padres, es difícil que pueda lograrse.

**Luisa de Urtubey**

O. MANNONI. — Itard y su salvaje (Itard et son sauvage). Clefs pour l'Imaginaire ou l'Autre Scène. Editions du Seuil, Paris, 1969.

La historia de la reeducación del “salvaje” de Aveyron y los métodos pedagógicos imaginados por su reeducador han quedado registrados en los informes del Dr. Itard, reeditados y presentados últimamente por Lucien Malson en la colección “10-18”. Transcurrido más de un siglo y medio de esta experiencia, es interesante examinar en qué medida los mismos métodos persisten en buena parte de las técnicas actualmente empleadas con fines reeducativos o simplemente pedagógicos.

O. Mannoni señala que lo que se desprende con mayor nitidez del texto de esos informes no es, precisamente, la enseñanza que Itard ha podido extraer de la experiencia —que hubiera sido la reeducación de Itard por un salvaje— sino, al contrario, todo aquello que puso a priori en sus métodos, de manera arbitraria, basándose en las concepciones filosóficas propias de la época, principalmente las de Condillac. Apoyándose sin dudar en ellas, Itard construye por anticipado un plan de reeducación enunciado en cinco puntos deducidos de la “doctrina” a la que adhiere.

Itard plantea problemas sobre la naturaleza misma de la educación. Todo lo que el niño debe aprender (su lengua materna, la estructura de la familia, etc.) no pasa por la enseñanza instituida. “El sistema ordinario de la enseñanza social”, como él lo llama, es insuficiente para la reeducación del

salvaje, por lo que va a tratar de perfeccionar y completar el sistema para crear no sólo una pedagogía más eficiente, sino lo que podría llamar una pedagogía total, que proveería al hombre natural, “el más desprovisto de los animales”, la suma “aún incalculada” de la cultura. No debe impresionarnos que tal utopía sólo haya podido conducir a un fracaso que, posiblemente, era inevitable de todas maneras.

El salvaje es confiado a Itard porque es un especialista y un innovador en materia de reeducación de sordomudos. Es precisamente en la educación a la palabra que el fracaso de la experiencia será más notorio, pese a que Itard se da perfecta cuenta de que la dificultad no es la misma que plantean los sordos. Hay una diferencia radical entre un sujeto sordo de nacimiento que ha vivido en un universo organizado por las estructuras del lenguaje, aunque no haya entendido nunca la palabra, y un sujeto no parlante por sólo haber vivido en el seno de la naturaleza muda. El problema se complica porque Itard reflexiona tanto como si las dificultades se debieran a que su alumno ha pasado la edad en que normalmente se aprende a hablar, como si fuera necesario hacer la hipótesis de un descenso de las aptitudes, o como si la vida pasada en los bosques hubiera ocasionado una lesión de las facultades intelectuales, produciendo lo que hoy llamaríamos un “mutismo psicógeno”. Pinel ha encontrado al salvaje semejante a los idiotas de los asilos. No obstante la inmensa autoridad de Pinel, Itard sostendrá que es normal. Parece que aunque la respuesta estuviera sujeta a controversia, el problema era claro: si el salvaje puede ser considerado normal o no, es en tanto que pura naturaleza. Para nosotros no es tan claro; el salvaje no estaba en un estado normal pero pensamos que cualquier niño, cualesquiera fueran sus disposiciones originarias, no hubiera estado en mejores condiciones. La adaptación de Víctor (el nombre dado al salvaje) a la vida silvestre hasta podría inclinarnos a otorgarle cualidades excepcionales. La confusión consiste en que por un lado se sostiene que el salvaje es normal y bastaría

con agregarle la cultura y, al mismo tiempo, se piensa que la vida en los bosques ha dañado su desarrollo, por lo que necesitaría atención médica. Se origina entonces un orden de problemas médico-pedagógicos que sobrepasa “el sistema ordinario de la enseñanza social” y también los límites del sistema médico.

Itard toma prestado de la medicina su espíritu de observación, su método de ensayos y errores, lo que puede llamar-se su fenomenología empírica; no obstante, no aplica un tratamiento médico en el sentido técnico, ya que Víctor goza de una salud de hierro. A fuerza de someterlo a baños calientes Itard logrará convertirlo en friolento y, finalmente, le hará pescar un verdadero catarro, lo cual no permite calificar la suya como una gestión terapéutica. Es difícil tomar en serio el argumento de Itard de que es el hombre civilizado quien está sujeto a las enfermedades. Si entramos un poco en detalles, si examinamos su teoría del papel de los órganos de los sentidos y de la sensibilidad en general, es fácil darse cuenta que sus concepciones médicas no sólo no le han aportado gran ayuda sino que, lamentablemente, han complicado y entorpecido su trabajo.

Por otra parte, Itard se siente sobre todo un pedagogo y un filósofo. Pero, más pedagogo que filósofo, no emprende la experiencia para cuestionar las teorías de Condillac, sino que las aplica con una fe ciega. Itard no aprende nada del salvaje, que hace de pantalla vacía sobre la cual se proyecta su saber. Y si aprendemos algo al leer los informes no es, en el fondo, sobre el salvaje ni sobre Itard, sino sobre lo que tiene de revelador y apasionante el encuentro entre ambos.

Como en “La lección”, de Ionesco, el alumno ideal es también el obstáculo mayor; el atractivo del comienzo se transforma en deber penoso,

el interés da lugar a la misión: el salvaje ha sido sacado de sus bosques y, por consiguiente, se ha contraído con él una deuda, deuda difícil de pagar, que a veces es puesta en la cuenta del alumno. Itard narra un episodio en que, luego de una de sus tentativas pedagógicas peor fundadas (según nuestro modo de ver), achaca el fracaso a la mala voluntad de su alumno y prorrumpe en gritos: “Desdichado —le dije, como si él hubiera podido entenderme, y con una verdadera opresión en el corazón— ya que mi tarea está perdida y tus esfuerzos son infructuosos, retorna con el camino de tus bosques el gusto de la vida primitiva; y si tus nuevas necesidades te ponen en dependencia de la sociedad, expía la desgracia de serle inútil y vete a morir a Bicêtre, de miseria y hastío”. Aquí, bajo el efecto previsible del **furor docendi** que lo anima, se podría fácilmente descubrir los sentimientos de celos propios de las madres adoptivas: vuelve con tu verdadera madre (la naturaleza!) o, si no, a la Asistencia pública! No cabe duda que Itard se haya sentido cómo una madre adoptiva, pues él mismo lo ha dicho.

Muchas ideas “médicas” de Itard, y las aplicaciones que él hace, no tienen ninguna eficacia. Por ejemplo, le da baños abrasadores porque los habitantes de los países cálidos son más sensibles que los de los países fríos. Le da duchas en la cabeza porque es la sede del intelecto, etc. Al mismo tiempo, el salvaje hace algunos progresos en el sentido de la socialización, que no son, ciertamente, efecto de estas medidas. Otro sistema más ordinario de enseñanza está obrando sin duda en manos de Mme. Guérin, la institutriz del salvaje. Itard marca la diferencia entre las horas consagradas a la reeducación y las otras, que asemejan a recreaciones. El también participa en estas recreaciones y parece que suceden cosas muy interesantes, pero son “niñerías” a las que el salvaje se entrega con él o con Mme. Guérin. Itard se enternece al mencionar esos juegos inocentes: es entonces que compara sus satisfacciones a las que puede experimentar una madre. Pero de todo eso no

piensa poder concluir nada, son recreaciones y niñerías también para el pedagogo que, en realidad, se debe a la dura labor, a la tarea agotadora y por decir imposible de la reeducación.

Es sobre todo cuando se tratará de abordar el lenguaje y la palabra que la insuficiencia de los preconceptos se hará más manifiesta. Lo que principalmente ha faltado a Itard es una teoría del lenguaje más correcta que la de la época. En el mundo biológico y utilitario de Itard, el lenguaje es un medio de comunicación destinado a hacer conocer primero las necesidades. Por eso, se usa palabras que son los signos de las cosas o, —duplicación que no incomoda a Itard—, de las ideas de las cosas. El procedimiento de adiestramiento al lenguaje derivado de estos principios consistirá en que Víctor será privado de' leche hasta que exprese su necesidad diciendo "leche".

Itard no ha inventado lo que llama la "frustración pedagógica" con miras a la educación al lenguaje, sino que la utilizaba desde el comienzo; frustraba a su salvaje de actividad 'muscular y de alimentación para que se desarrollaran las funciones que consideraba mal desarrolladas, como la sensibilidad, por ejemplo. Esta concepción no deriva sólo de la vieja medicina humoral, sino de toda una tradición pedagógica, que es también la de los adiestradores de animales: "Te haré hacer lo que quiero, porque soy el amo de tu necesidad". Si algunos analistas, al menos en el pasado, han deformado el sentido de la palabra de Freud ("*un* análisis debe desarrollarse en una situación de abstinencia") para hacer de la frustración uno de los instrumentos de la curación, cabría preguntarse si no estaban volviendo sutilmente a la tradición.

Pero el salvaje ha probado que sabe comunicar muy bien sus necesidades,



no solamente sin palabras sino sin ningún lenguaje en el verdadero sentido de la palabra. Itard señala que no usa un lenguaje por gestos, sino un “lenguaje de acción”, es decir, algo que, a diferencia del gesto, no es un lenguaje. El salvaje no tiene dificultad en hacer comprender el atractivo que ejerce sobre él la leche de la que se le priva. Itard no ‘extrae la conclusión de que si la comunicación se puede establecer sin lenguaje, su pedagogía está mal orientada. Pero Víctor lleva la lección más lejos: cuando Itard, sin haber obtenido palabra alguna, cede y da la leche codiciada, Víctor, contrariamente a todo lo que hubiera debido pasar, pronuncia la palabra “leche” y la repite como por jugar. Itard está desolado: “La palabra pronunciada, en lugar de ser el signo de la necesidad, no era más que una simple exclamación de alegría”. Señala que alguna vez Víctor pronuncia la palabra antes de recibir la leche, pero’, dice, siempre “sin intención”. Luego de esta decepción, Itard renuncia y considera su intento como un fracaso humillante. Sin embargo, sabe bien cómo comienza la palabra balbuceada en los niños pequeños, pero no hace ningún paralelo. Por fidelidad a las concepciones teóricas se vuelve incapaz de apreciar lo que pasa bajo sus ojos, pues está perfectamente informado de lo que no quiere tomar en consideración. Le parece que Víctor ha hecho un “uso defectuoso” de la primera palabra que ha pronunciado. “Pero, dice, posiblemente no será ni más ni menos que lo que sucede al niño que primero balbucea la palabra papá, sin ligarla a ninguna idea, y la va diciendo en todos los lugares y en toda ocasión, etc.” Uno está tentado de pensar —expresa Mannoni— que si Itard hubiera sabido escuchar a Víctor sin ideas preconcebidas, la verdadera naturaleza de la palabra hubiera sido aprehendida por él; o al menos hubiera podido dudar de conocerla ya.

Luego de haber renunciado al adiestramiento a la palabra, Itard emprende un adiestramiento al lenguaje escrito. Si buscamos excusar esta decisión aventurada, debemos pensar en su experiencia con sordomudos. Imagina y

hace construir un juego de letras movibles y establece las asociaciones entre las palabras formadas con esas letras y los objetos de los cuales serán los signos. Sus concepciones le impiden darse cuenta que este género de trabajo no conduce de ninguna manera hacia la adquisición de un lenguaje; las palabras presentadas a Víctor se vuelven naturalmente objetos que están en una relación de correspondencia con otros objetos; el hecho de que sean construidas con letras movibles, es decir, de una cierta forma “articuladas”, no hace de ellas más que objetos desmontables, o compuestos.

Se podía adiestrar a Víctor a traer cierto objeto cuando se le mostraba otro, que es a lo que conduce todo adiestramiento, pero este aprendizaje no tiene nada que ver con la adquisición del lenguaje. E Itard va a poner en juego objetos que sólo son intercambiables gracias al lenguaje. Le presenta la palabra “libro” y descubre con sorpresa que a los ojos de Víctor esta palabra sólo vale para un cierto libro singular, siempre el mismo, y no para la clase de los libros. Víctor, sin saber nada de lo que podía haber en un libro, había advertido, lo que escapa a Itard, que cuando se busca un libro, no es un libro cualquiera. No se le hubiera ocurrido a Mme. Guérin enviar a Víctor a buscar un libro cualquiera, porque esto no tenía sentido ni para ella ni para él; podía sí enviarlo a buscar una cuchara, y esto no plantea problemas. Itard había creado una dificultad que no era tan imprevista como creía.

Por otra parte, sucedían cosas muy interesantes. El salvaje incurablemente mudo emitía bastante frecuentemente la sílaba gli, pronunciada en italiano. Itard reconoció ahí un nombre propio, Julia, nombre de una joven pariente de Mme. Guérin. Un señalamiento interesante de S. Leclair es el de que se ha encontrado sílabas del mismo estilo, representando nombres propios, en fantasías de obsesivos, que remontaban a la infancia. Itard ha observado y comprendido perfectamente el fenómeno que se le presentaba. Las razones que hacen que no sepa qué hacer son oscuras y

complejas. La principal es quizás que el progreso del salvaje se ha producido durante las horas de recreación; no se podría atribuirlo al sistema pedagógico, sino que forma parte de las “niñerías” que conciernen a Mme. Guérin y a las cuales Itard se une sólo para descansar de su penosa tarea. Pero lo más sorprendente es que Itard piensa que este descubrimiento del nombre propio tendría un sentido si Víctor fuera púber; antes de esto no significa nada (sin duda porque la naturaleza de la palabra es expresar necesidades!). Como si Itard no supiera que los niños utilizan nombres propios sin aguardar la pubertad.

De manera que no da importancia a algo que debía haberlo sorprendido: la emergencia de un nombre propio en un mudo; es que las preocupaciones concernientes a la futura pubertad de su alumno prevalecen ahora sobre sus cuidados relativos a la palabra. Llegará el momento en que observará los efectos de esta pubertad sobre la cual fundaba tantas esperanzas.

Más médico-pedagogo que científico, Itard no pudo ver, pese a ser un excelente observador, que a cada paso los hechos ponían en duda su saber. Quien no se siente encargado de una investigación sino investido de una misión, sólo puede quejarse de su suerte injusta cuando ve frustradas sus esperanzas, que estima tan doctamente fundadas, por la interferencia de lo que llama “obstáculos imprevistos”. Esta actitud misionaria tiene su valor: a ella debe Itard su confianza animosa y la certidumbre de que con Víctor, aún incurable, hay algo por hacer. Quizá por eso esta experiencia, que queda como modelo de una reeducación malograda, sirva todavía para dar ánimo a aquellos que deben emprender tareas comparables. De este modo, su obra tiene una supervivencia no justificada por el fracaso técnico.

Pero no es sólo la pasión humanitaria del protagonista lo que hace que podamos interesarnos todavía en este antiguo drama. Si las teorías en que se

apoya Itard no presentan más interés, es menester preguntarse de dónde puede derivarse el hecho de que ellas sirvan todavía de base de manera más o menos disimulada pero real, a muchas prácticas reeducativas o simplemente pedagógicas. Es un hecho a la vez simple y misterioso que los niños de las escuelas aprendan a contar, por ejemplo, con la ayuda de artificios basados en la noción del número de los empiristas y que contradicen radicalmente las concepciones actuales. Parece necesario llevar el problema más allá e interrogarse sobre la persistencia milenaria de los mitos relativos a la educación. Ellos nos enmascaran el hecho bastante evidente de que el niño está encargado de una cierta función en el mundo de los adultos, de la misma manera que Víctor se vuelve el objeto electivo de Itard. La etnología comienza a develarnos el papel de los niños en una organización social que gira en gran parte alrededor de su existencia, y en la que son, por su credulidad cultivada, el soporte indispensable de las verdades míticas. Al mismo tiempo, el psicoanálisis de niños descubre el papel que ellos juegan en las fantasías parentales.

En “el sistema ordinario de la enseñanza social” los mitos milenarios pueden persistir. Así tenemos a Itard al servicio de un mito y de un ideal mítica según el cual en Víctor se le ofrecía la pura naturaleza a educar. A pesar de sus señaladas aptitudes para la invención y la innovación, adoptaba la actitud del pedante, es decir, de un héroe al servicio de un mito, condenado desde el comienzo a fracasar ante los “obstáculos imprevistos”. Y si todo su empeño lo hubiera conducido al éxito, no hubiera podido reconocerlo como prueba de la justeza de sus concepciones, puesto que esta justeza en ningún momento estaba cuestionada.

**C. Sopena**